

DEPENDENCIA Y METODOLOGIA DE LA HISTORIA EN AMERICA LATINA *

*Ciro Flamarion S. Cardoso—
Héctor Pérez Brignoli*

1. Dependencia cultural e historia.

Será nuestro punto de partida la ruptura cualitativa que representó, en la segunda mitad de la pasada década, la irrupción de los “sociólogos de la dependencia” en el marco de las ciencias sociales latinoamericanas. Herederos de la actitud crítica que se había encargado de desenmascarar las teorías evolucionistas (las “etapas” de Rostow, el desarrollismo ingenuo, etc.) y difusionista (tradicición/modernización; dualidad estructural, etc.), de los esfuerzos de Paul Baran y su escuela, de los críticos que, desde varios puntos de vista y diversas perspectivas trataron de mostrar la inadecuación de los análisis marxistas “tradicionales” (cuyo marco de referencia eran muy frecuentemente los manuales stalinistas), los lanzadores de la nueva actitud metodológica tuvieron el gran mérito de demostrar — yendo más allá de las corrientes que les habían

* Ponencia presentada al I Encuentro de Historiadores Latinoamericanos, México, UNAM, julio de 1974.

servido de punto de partida — la inadecuación de un enfoque de la dependencia en términos de una determinación mecánica y lineal de los factores internos por los externos. En efecto, la dialéctica externa — interna propia de las situaciones de dependencia supone el estudio de la interiorización de lo externo en función de la estructura de clases interna del país subdesarrollado, y de las mediaciones resultantes. En ese sentido, el libro de Cardoso y Faletto se inscribe en una tendencia más amplia, de fructífera crítica a las concepciones marxistas dogmáticas; independientemente de la “crisis” del grupo de los llamados sociólogos de la dependencia, y de los esfuerzos en el sentido de incorporar aportes nuevos (como el de Samir Amin), no se puede negar que un gran paso adelante fue logrado. ⁽⁶⁾

Aunque la cuestión de las “orientaciones valorativas” sólo aparece indicada al paso por Cardoso y Faletto, la línea metodológica que inauguraron permite, según creemos, un tratamiento de la problemática de la dependencia cultural que escape al determinismo económico extremado. Sin embargo, la sociología de la cultura es una rama de estudios poco desarrollada en América Latina. Escasos son los estudios relativos a las mentalidades colectivas, a los mecanismos de la hegemonía ideológica, a las formas de difusión e incorporación de representaciones, normas, valores, etc., provenientes de los países desarrollados. En particular, sólo en contados casos la investigación ha tratado de pasar del nivel institucional (control de los mecanismos de producción y difusión cultural) al del análisis de contenido; con menos frecuencia aún se ha abordado el análisis de los enunciados, utilizando las técnicas desarrolladas por la lingüística y la semántica en los últimos años, las que permiten enfocar la relación existente entre los discursos de diversas naturalezas y las ideologías.⁽²⁾ Sería naturalmente de gran interés llevar a cabo estudios de ese tipo que permitieran conocer mejor las formas y mecanismos de transmisión, selección, etc., que garantizan en Latinoamérica la dependencia cultural en lo que concierne a la metodología de la historia.

Este problema de la dependencia cultural en el plano de la investigación interesa a todas las ciencias sociales y humanas. Su denuncia en el

campo de la sociología inauguró el proceso que condujo a los brillantes esfuerzos recientes en el sentido de elaborar una sociología latinoamericana, rompiendo con los patrones importados; también en el campo de la ciencia económica ha sido vigorosamente denunciada la incorporación acrítica de modelos explicativos provenientes de países desarrollados y por ello estructuralmente distintos a los nuestros.⁽³⁾ Por lo que hace a la historia, tenemos en América Latina lo que podríamos llamar una batalla en dos frentes: 1) se trata, en primer lugar, de combatir el tradicionalismo, que con su control de sectores claves del mundo universitario y académico en general, y con su inercia, constituye una tarea difícil de superar en cuanto a la formación de investigadores y a la posibilidad misma de llevar a cabo investigaciones con un mínimo respaldo institucional; 2) a la vez, es preciso también luchar contra los peligros de una importación indiscriminada de métodos, técnicas y problemáticas “modernas”, puesto que de nada serviría la sustitución de una visión deformada por otra, aún cuando más sofisticada y siguiendo modas más recientes. En suma, debido al atraso con que evolucionan la formación, los enfoques y la información de los historiadores latinoamericanos, los profesionales que tienen conciencia de los verdaderos problemas y de las especificidades del subcontinente, se ven obligados a combatir, por una parte, la historia positivista, el relativismo historicista, el enfoque nacionalista y biográfico, el marxismo dogmático, pesadas herencias de otras épocas y por otra parte, el empirismo y el positivismo lógico, el “cuantitativismo” ingenuo o insidioso (no el uso de la cuantificación, claro está, sino su transformación en mística e ideología) y ciertas formas de estructuralismo.

Los historiadores de las áreas periféricas, debido a la dinámica de la dependencia cultural, son conducidos a escribir la historia de sus países a partir de una problemática, criterios metodológicos y temáticos, técnicas y conceptos, elaborados en las regiones dominantes. De ahí dos tipos de distorsiones y frustraciones: 1) las realidades históricas en función de las cuales fueron desarrolladas esas herramientas teórico-metodológicas son, con frecuencia, muy diferentes de las que deben ser estudiadas en los países del llamado Tercer Mundo; 2) aún cuando no estén plenamente conscientes de tal problema, los historiadores de los países

subdesarrollados sufrirán otros tipos de frustraciones y obstáculos, resultantes sobre todo de la misma situación de subdesarrollo: un apoyo institucional y financiero demasiado débil a la investigación, deficiencias de la formación profesional, archivos mal organizados, dificultad de mantenerse al tanto de la evolución de los estudios históricos latinoamericanos y mundiales, etc. Este segundo tipo de problemas es el más fácil de abordar, y el más evidente; empezaremos, por consiguiente, por su rápido análisis.

2. El subdesarrollo y la organización del trabajo de investigación histórica.

Los problemas que discutiremos ahora, relativos a la “infraestructura” de la investigación, constituyen subproductos del subdesarrollo. Por cierto que muchos de ellos aquejan al conjunto de la investigación científica latinoamericana, pero en el caso de la historia la situación se complica por el hecho de que nuestra disciplina no se encuentra entre las áreas prioritarias en lo que concierne a la política de becas y de investigación de los países de América Latina, de los países industriales y de las instituciones internacionales.

La formación profesional del personal investigador es un problema de primordial importancia. Creemos poder afirmar sin miedo a equivocarnos que en todos los países latinoamericanos y del Caribe la gran mayoría de las universidades y otros centros de enseñanza superior se encuentran, en lo que a la historia se refiere, controlados por un personal académico vinculado a concepciones heredadas del positivismo, del historicismo alemán y sus proyecciones ibéricas, de la filosofía de la historia en sus variantes múltiples. Es muy frecuente que los cursos de “metodología de la historia”, de “introducción a la historia, etc., se limiten a la problemática añeja — y además perfectamente inútil en cuanto formación para la investigación — de la filosofía de la historia, aunque hoy día la podamos calificar sin vacilaciones como una disciplina muerta. ⁽⁴⁾

Son extremadamente raros los casos en que al estudiante se le facilitan

los medios de aprender a trabajar efectivamente, a leer con provecho, a orientarse en los archivos y bibliotecas, a organizar un diseño de investigación y llevarlo a cabo. En muchas universidades, la elaboración de tesis de grado y post-grado constituye apenas un ritual, una triste farsa. En algunos grandes países existen, es cierto, contados centros en los que sí se hacen intentos serios (ya sea por esfuerzo individual o institucional) en el sentido de la formación teórica y práctica de investigadores en el ámbito de los estudios de historia; pero se trata de excepciones poco numerosas y con frecuencia efímeras. Los estudios de post-grado en el exterior abren una posibilidad alternativa, pero además de no ser una solución real en términos cuantitativos, plantean numerosos problemas de varios tipos: 1) una formación frecuentemente inadaptada a las especificidades de la problemática histórica latinoamericana; 2) la deserción bastante importante antes de completar el ciclo de post-grado, debido a que una mala formación de base no le permite al estudiante, muchas veces, seguir con provecho los estudios especializados en universidades extranjeras de alto nivel; 3) en varios países, la comunidad de lengua y la relativa abundancia de becas orientan a muchos estudiantes hacia un post-grado en España, donde sólo en contados centros tendrán la posibilidad de una formación aceptable; aún en el caso de países como los Estados Unidos, Francia o Inglaterra, por ejemplo, en los que las posibilidades son indudablemente más numerosas, la falta de orientación conduce a muchos becarios a instituciones universitarias o directores de tesis de dudoso valor o por lo menos mal adaptados a sus intereses y necesidades.

Otro aspecto de la cuestión que analizamos es la dificultad muy grande que experimentan los pocos investigadores latinoamericanos que, pese a todo, lograron obtener una formación profesional suficiente, al buscar financiamiento y apoyo institucional para sus trabajos de investigación. En la mayoría de los casos, deben, para sobrevivir, aceptar pesada carga docente: las actividades de investigación se vuelven, entonces, algo extremadamente difícil de llevar a cabo. Las universidades, instituciones nacionales de apoyo a la investigación, academias y otros órganos semejantes, además de que disponen de recursos escasos (y, debemos repetirlo, la historia jamás se encuentra entre los sectores priori-

tarios), reflejan, cuando se trata de asignar fondos para proyectos de historia, el conservadurismo del personal académico, su concepción predominantemente tradicional de los métodos y finalidades del trabajo histórico. Las excepciones son pocas, y confinadas a dos o tres países del área. También en este caso, la financiación externa — por fundaciones extranjeras o instituciones internacionales — constituye una salida posible pero limitada, además de exigir frecuentemente largos trámites administrativos y la necesidad de conformarse el investigador a determinadas “modas” del momento, a determinados patrones temáticos y metodológicos.⁽⁵⁾

Si pasamos a examinar el problema de la documentación, veremos que siglos enteros de coloniaje y dependencia pesan sobre la situación del mencionado sector. Por razones estructuralmente ligadas al status de colonia primero y país dependiente en seguida, buena parte de las fuentes más importantes se encontrarán en el exterior, en los archivos españoles o portugueses, en los de Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, etc., (a tales razones se agrega en nuestro siglo la compra de fondos documentales, bibliotecas privadas, etc., de gran valor por instituciones externas al subcontinente). Por otra parte, América Latina ingresa tardíamente a la fase de recopilación sistemática de estadísticas confiables por agencias gubernamentales, lo que limita y vuelve más difícil la aplicación de las técnicas de cuantificación. La situación de subdesarrollo se refleja también en la organización deficiente de los archivos, a la vez que el financiamiento difícil impone límites estrictos a la posibilidad de obtener documentación en el exterior, pese a los sistemas con frecuencia rápidos y eficientes de reproducción de materiales que disponen muchos archivos y bibliotecas de Europa y los Estados Unidos. La afición preferencial de los historiadores y archivistas por la época colonial hace que en general sea bastante más fácil trabajar sobre ese período, mientras que en muchos casos la documentación relativa a los siglos XIX y XX no está del todo clasificada, y con frecuencia se encuentra dispersa en numerosas oficinas públicas. La mala organización implica también serias amenazas a la conservación de los fondos documentales, insuficientemente protegidos contra la deterioración y los robos. A los problemas de ese tipo se superponen otros, que tienen que ver con facto-

res políticos o eclesiásticos: ciertos fondos de documentación relativamente recientes son de consulta más fácil para extranjeros que para nacionales en algunos países (se ha dado el caso de que historiadores se trasladaron a universidades norteamericanas para consultar en microfilms series de documentos cuyo acceso les fue vedado en su propio país); y no es raro que archivos eclesiásticos de gran importancia se mantengan sistemáticamente cerrados a los investigadores.

Por último, debemos mencionar las deficiencias y el atraso de la información. A los centros urbanos de los países periféricos llegan con atraso variable y siempre en forma incompleta, los productos de la reflexión teórica y de las investigaciones llevadas a cabo en los países desarrollados. Es extremadamente difícil, en nuestras ciudades, seguir paso a paso y en forma completa la evolución de una especialidad científica cualquiera, aún si dejamos de lado los problemas ligados al dominio de idiomas extranjeros y al juego aleatorio de las traducciones. Todavía más grave es el aislamiento de los historiadores latinoamericanos, su falta de comunicación entre sí: son muy pocas las ocasiones que tienen de reunirse, intercambiar experiencias en el campo de la metodología y de la investigación. Una de las consecuencias de ello es la falta de "progresión lógica" que señala D.A. Brading en cuanto a la historia económica de América Latina (constatación que sería igualmente correcta si la aplicáramos a cualquier otro sector de la investigación histórica en nuestros países): los libros importantes no propician debates públicos ni estimulan investigaciones nuevas; en vez de una progresión ordenada, tenemos una serie de "incursiones esporádicas" en cada dominio de investigación, etc. (6) Es evidente que también en ciertos países desarrollados este problema existe, pero una serie de mecanismos correctivos minoran su incidencia. (7)

Otro defecto del insuficiente contacto de los investigadores de los diferentes países latinoamericanos entre sí es el mantenimiento de un desnivel acentuado entre las distintas áreas de Iberoamérica por lo que hace a la investigación histórica y sus métodos.

Algunos aspectos y problemas de la importación de modelos explicativos, métodos y técnicas.

La importación de problemáticas es otro aspecto básico de la dependencia cultural. Su rol es variable: a veces decididamente positivo, en cuanto despierta interés y abre los ojos ante aspectos o cuestiones descuidados; otras veces muy negativo, ya que desvía la atención hacia cuestiones de poca significación y no contribuye al avance de la investigación. En el fondo, la importación de problemáticas, no puede analizarse simplemente como la influencia recíproca entre distintas corrientes y campos de la ciencia. Debe verse más bien como la incapacidad de los científicos latinoamericanos para formular los problemas verdaderos, para plantear con claridad las cuestiones relevantes y los principios teóricos más adecuados para darles respuestas. Como lo señala R. Cortés Conde: *"No sólo no existe un esquema teórico apropiado que haga inteligible la realidad socio-económica de los países latinoamericanos, sino que aún faltan los datos básicos para elaborar ese esquema teórico"*.⁽⁸⁾ Debe notarse que la historia latinoamericana importó métodos y problemáticas desde su nacimiento, y en este sentido, surge más como una apologética que como una preocupación científica. Las historias nacionales, productos del positivismo del siglo XIX, tanto en su vertiente "liberal" como "conservadora", buscan más que todo justificar y mucho menos explicar. Obviamente se trata de la más pura historia *événementielle* y el historiador va vestido, como diría Lucien Febvre, *"en el ropaje de sus virtudes cívicas"* y adoptando *"un tono insoportable de fiscal de película policial"*.⁽⁹⁾ El fenómeno no es para nada latinoamericano. Es sin duda una imitación de la historiografía europea del siglo XIX. Y al mimetismo de la problemática acompañó el de la metodología. Historia cívica, de acontecimientos políticos y militares, glorificación del documento y del "hecho histórico", el historiador como demiurgo, como mago que sabe los conjuros necesarios para "resucitar" el pasado tal como ocurrió . . . El "combate por la historia" de Marc Bloch y Lucien Febvre, la lucha contra lo que Henri Berr llamó la "historia historizante", guarda todavía hoy todo su sentido y todo su peso.⁽¹⁰⁾ Y por supuesto que también se trata de una problemá-

tica importada.

La preocupación por una historia económica y social, y más en general, por el pasaje de una historia de acontecimientos a una historia de estructuras, tiene que ver, decisivamente, con la renovación de la concepción de la historia en Europa, especialmente en Francia e Inglaterra. Muchos historiadores no latinoamericanos, especializados en Historia de América, realizaron y realizan importantes contribuciones, basados en nuevas perspectivas que tratan de aplicar a la Historia de América Latina; por cierto que cuentan por lo general con facilidades que en la mayoría de los casos están fuera del alcance de los historiadores latinoamericanos. Basta citar los nombres de François Chevalier, Borah y Cook, H.S. Ferns, Myron Burgin, Stanley Stein, Pierre Chaunu y tantos otros. Pero no cabe duda de que un número creciente de historiadores latinoamericanos, formados en Europa y los Estados Unidos, trabajan en el sentido de renovar métodos y problemáticas: Enrique Florescano, Heraclio Bonilla, María Luiza Marcílio, para mencionar sólo algunos.

Un aspecto, a nuestro parecer negativo, de la importación de métodos, técnicas y problemáticas, es lo que podríamos denominar las "modas". La novedad de tal o cual texto, de esta o aquella metodología, que vienen de Europa y los Estados Unidos, provoca a veces una suerte de espejismo en los investigadores. El espejismo de lo nuevo, que como se sabe no por ser nuevo ofrece garantías de calidad. Esto se combina con los problemas de difusión de los textos y las ideas de que hablamos más arriba. En los últimos años corrientes como el estructuralismo y sus variantes (el althusserianismo, por ejemplo) han sido en este sentido más que todo nocivas. En los círculos intelectuales de América Latina adquieren un grado de difusión y santificación que nunca conocieron en Europa. Contribuyen, con frecuencia, más a oscurecer que a aclarar problemas. Por último, todo se confunde aún más con la moda de un lenguaje ampuloso y misterioso, que invade peligrosamente las ciencias sociales, y que no expresa ninguna rigurosidad científica sino, pura y simplemente, la incapacidad de utilizar el lenguaje de todo el mundo.

La importación de modelos explicativos es otro aspecto, tal vez toda-

vía más grave. Enumeremos los ejemplos más conocidos: la idea de que América Latina reproduce, con atraso, las etapas de la evolución europea: etapas de Rostow, esquema unilineal stalinista de modos de producción, la caracterización de la sociedad colonial como “estamental” o de “castas” (evolucionando solo muy lentamente hacia una sociedad “de clases”); la idea de la dualidad estructural para caracterizar a las sociedades latinoamericanas . . . (11)

Es obvio que sería absurdo sostener una irreductibilidad total de las estructuras sociales latinoamericanas, en el sentido de un relativismo cultural llevado al extremo que afirmaría la imposibilidad de entender o explicar algo del pasado como no fuera utilizando las mismas herramientas conceptuales que fueron conocidas por los hombres de cada época. Una posición como esta implicaría, por ejemplo, que en la antigüedad clásica el rayo debiera verse no como fenómeno atmosférico sino como la voz de Júpiter tonante, ya que esto es lo que creían los antiguos. (12) No se trata pues de negar la existencia de principios teóricos, de hipótesis, de conceptos que se aplican a familias de sociedades de un mismo tipo, o aún más allá, a todas las sociedades humanas. Pero sí debe advertirse que la construcción de modelos explicativos debe basarse en una interacción permanente entre teoría general y casos particulares, en la cual la historia comparativa constituye la herramienta esencial (13) Y esto significa un gran rigor en el estudio de caso, una difícil y delicada tarea de documentación, de crítica de los textos, que desgraciadamente no siempre está presente. Esta ausencia explica, en muchos casos, la capitulación ante el modelo teórico mucho más seductor que la pesada labor de archivo, convirtiendo la labor del investigador en una “ilustración” de la verdad sacramentada.

Otro fenómeno bien conocido en nuestros países ejemplifica también lo comentado. Es lo que podríamos llamar “tendencia al sincretismo”, o al eclecticismo. Constituye, a su manera, una adaptación de la cultura importada, ya sea a una realidad resistente a ciertos esquemas, o a lo que al autor le interesa demostrar. Dicho sincretismo consiste en la yuxtaposición o combinación de elementos aislados de diversas teorías o corrientes de interpretación, incompatibles a veces, mal y parcialmen-

te conocidas y asimiladas, dando como resultado unas construcciones en apariencia impresionantes, pero en realidad muy frágiles y poco resistentes a la acción demolidora de la crítica. Ello ocurre con mucha frecuencia en el contexto de los estudios marxistas o de inspiración marxista, al mezclar en dosis variadas diversos elementos marxistas (o pseudo-marxistas), la teoría francesa del "capitalismo comercial", las etapas de la Escuela Histórica Alemana, y otros ingredientes. (14)

En la aplicación de técnicas y métodos el problema es similar. Por lo general una metodología histórica está diseñada para cierto tipo de documentación y aún cierto tipo de estructura social. La prudencia aconseja realizar las adaptaciones necesarias, las que en muchos casos implicarán un esfuerzo creador. Existe igualmente el problema de la representatividad de la fuente con relación a la sociedad global. La heterogeneidad de las estructuras sociales latinoamericanas hace que muchas fuentes, como los registros electorales o fiscales, notariales, etc., representen muy desigualmente a los distintos sectores sociales. Las naciones latinoamericanas importaron en el siglo XIX, tanto las estructuras políticas como las ideológicas e institucionales. Así, las fuentes que emplean los historiadores franceses para el estudio de las estratificaciones socio-profesionales por ejemplo, existen en principio. Empero, la similitud formal no debe encandilar. En realidades sociales diferentes, la significación y representatividad sociales de tales fuentes no son equivalentes. (15)

Veamos ahora algunos ejemplos concretos de los peligros de aplicación de un aparato teórico-metodológico importado, sin precauciones y adaptaciones.

La metodología de la historia demográfica, según la desarrollaron los miembros de la escuela francesa, supone una estabilidad y homogeneidad bastante grandes de la población analizada. Ahora bien, si queremos estudiar la evolución demográfica de los países latinoamericanos, nos encontraremos con que, por una parte, las fuentes más importantes (registros parroquiales, censos, padrones, etc.) son casi siempre mucho menos ricas en informaciones que las europeas, y en general se con-

servaron en menor cantidad; por otra parte, es evidente que los criterios apropiados al estudio de poblaciones en cuya evolución las migraciones, el proceso de conquista, la esclavitud, las diferencias étnicas, fueron esenciales, no pueden ser los mismos que se aplican a una población como la de la Francia moderna. La reconstitución de familias, eje del método francés, en América Latina — salvo en pocos casos privilegiados — además de ser de aplicación muy difícil presenta un valor explicativo limitado y discutible, puesto que la estabilidad de los apellidos (cuando hay apellidos) fue mucho menor que en Europa, la cantidad de uniones no institucionalizadas y de nacimientos ilegítimos mucho más importante, como también la movilidad de la población. ⁽¹⁶⁾

Los estudios de historial serial, después de los trabajos pioneros de Hamilton, Simiand y Labrousse, se han generalizado en el mundo subdesarrollado. En el caso de América Latina, podemos citar a muchos estudios y autores que se interesaron por el estudio de los precios y coyunturas: Enrique Florescano, Ruggiero Romano, Eulalia Lobo, Cecilia Westphalen, etc. Dos problemas deben ser, entre otros, objetos de atención. Primero, el significado del precio en una economía de restringida circulación monetaria. En el caso europeo, el estudio del precio es un paso previo para evaluar el movimiento de los ingresos y de la producción; ello supone relaciones mercantiles más o menos generalizadas. En América Latina, sobre todo para el período colonial, parece necesario estudiar, además de los precios, los diezmos que permiten evaluar más directamente la producción. El muy reciente énfasis en los diezmos también viene, por cierto, de la influencia externa: cf. *Le Roy Ladurie . . .* Segundo, los estudios de historia serial empiezan, naturalmente, por las fuentes más accesibles y en consecuencia se refieren, en un principio (como en los trabajos de Chaunu, Jara, Hamilton, etc.), básicamente al sector exportador, vinculado al mercado — y a la coyuntura — mundial.

En este sentido, el estudio de la coyuntura se enmarca directamente en el ritmo de los ciclos de la economía europea. Es necesario notar la importancia de multiplicar los estudios de la coyuntura local: los pocos ejemplos disponibles nos muestran un comportamiento muy peculiar,

distinto del de la coyuntura mundial. ⁽¹⁷⁾ Igualmente en el contexto de la historia serial tenemos la noción de “crisis de subsistencia”, concepto elaborado por Labrousse y Meuvret para el Antiguo Régimen francés. En América Latina — y en esto seguimos una idea de María Luiza Marcílio — posiblemente su aplicabilidad sea mayor en el caso de las zonas altas densamente pobladas y con una agricultura basada en el maíz, más dudosa es su utilidad en el caso de las zonas tropicales, donde la subsistencia depende de variada gama de productos (y muchos de ellos, como las frutas, en estado silvestre). ⁽¹⁸⁾

4. Conclusión

La evolución reciente de la historiografía latinoamericana no justifica el pesimismo, pese a todos los problemas y dificultades y a grandes desequilibrios regionales y en cuanto al grado de conocimiento de los diferentes períodos de la evolución de América Latina. ⁽¹⁹⁾ Aunque la anulación total de los condicionamientos e imposiciones resultantes de la dependencia cultural no es posible sin que sus verdaderas causas sean eliminadas, se puede, al precio de un esfuerzo consciente y constante, rehusar los falsos problemas y los esquemas inadecuados, adaptar o rechazar, según los casos, ciertas técnicas de investigación, establecer una problemática realmente pertinente. Existen numerosos ejemplos de investigaciones hechas por historiadores latinoamericanos que supieron utilizar los avances de su ciencia y percibir al mismo tiempo la necesidad de aplicar con vigor el espíritu crítico a la selección y adaptación de la problemática y de los instrumentos técnico-metodológicos, gracias a un buen conocimiento de las especificidades de su región y de la documentación disponible. También existen, claro está, ejemplos de trabajos que denotan, por el contrario, la capitulación acrítica frente a los modelos foráneos. ⁽²⁰⁾

Nos parece que lo más urgente es que se creen mecanismos que permitan contactos más regulares y sistemáticos entre los historiadores de América Latina, para intercambiar experiencias de investigación y bus-

car en conjunto la solución de sus problemas, para trabajar en el sentido de una enseñanza adecuada en el campo de la metodología de la historia en las universidades del subcontinente, en fin para numerosas tareas colectivas posibles y provechosas que sería largo enumerar exhaustivamente. La comisión de historia económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (C.L.A.C.S.O.) hace desde algún tiempo esfuerzos en tal sentido. Este **I Encuentro de Historiadores Latinoamericanos** podría constituirse en un paso importante hacia la creación de vínculos de asociación entre investigadores de todos los países de Iberoamérica.

- (1) Cf. F.H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969; también: F. C. Weffort, "Notas sobre la 'teoría de la dependencia': ¿teoría de clase o ideología nacional?" y F.H. Cardoso, "Teoría de la dependencia: análisis concreto de situaciones de dependencia" (ponencias presentadas al Segundo Seminario Latinoamericano para el Desarrollo, organizado por la UNESCO y la FLACSO en Santiago de Chile, noviembre de 1970). En artículos recientes se puede notar el interés creciente por los planteamientos de Samir Amin; algunos de los escritos de R.M. Marini, por ejemplo, presentan gran afinidad con el pensamiento de aquél.
- (2) Sobre las mencionadas técnicas, cf. Régine Robin, *Histoire et linguistique*, Paris, Armand Colin, 1973. Entre los trabajos de sociología de la cultura en América Latina volcados hacia los problemas de la dependencia cultural, cabe resaltar los de Mattelart (por ejemplo: A. y M. Mattelart y M. Paccini, *Los medios de comunicación de masas*, Santiago de Chile, C.E.R.N., 1970). Como un intento de pasar decididamente al nivel del análisis de los enunciados, cf. Christian Lalive d'Epinau, *Pénétration culturelle et presse religieuse*, *Sondeos*, N^o 80 (Cuernavaca, México) 1971.
- (3) Ver el texto colectivo: "Pour réorienter la recherche et l'enseignement de la science économique en Amérique latine", en *Cahiers Vilfredo Pareto* (Droz, Genève), N^o 18, julio de 1969 (publicado varias veces en español igualmente).
- (4) Cf. Geoffrey Barraclough, "History", cap. III de la 2a. parte de la obra colectiva: *Main Trends of Research in the Social and Human Sciences*, UNESCO (obra en preparación; capítulo mimeografiado), pp. 258-267; también: Carlos M. Rama, *Teoría de la historia*, Madrid, Ed. Tecnos, 1968 (2a. ed.), p. 21.
- (5) Un ejemplo que conocemos en forma directa y personal: el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales de la Confederación Universitaria Centroamericana presentó en 1972 al Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Población un proyecto, en cuya elaboración hemos participado, conteniendo dos tipos de actividades de investigación sobre América Central: un estudio a la vez demográfico y sociológico sobre migraciones; y una investigación de demografía histórica con base en los archivos parroquiales. Los trámites ocuparon alrededor de dieciocho meses, y el financiamiento fue finalmente acordado a la investigación demográfico-sociológica, mientras que no se acordaron los fondos para la parte relativa a la historia demográfica.
- (6) D.A. Brading, "Las tareas primarias en la historia económica latinoamericana", en *La historia económica en América Latina*, II, México, Sep/Setentas, 1972, pp. 100-116.
- (7) Cf. Jean Bouvier, "L'appareil conceptuel dans l'histoire économique contemporaine", en *Revue Economique* (Armand Colin, Paris), enero de 1965, pp. 1 - 17.

- (8) Roberto Cortés Conde, "Problemas y prioridades en el estudio de la historia económica latinoamericana", en *La historia económica . . .*, cit., II, pp. 117-133.
- (9) Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 166.
- (10) Se trata de un problema de proporción, ya que, según Barraclough (op. cit.), en términos estrictamente cuantitativos la historia de tipo tradicional sigue predominando en la actualidad (pero ello es más cierto, por ejemplo, con relación a los Estados Unidos que a Francia).
- (11) Cf. F. Mauro, "Teoría econômica e história econômica", en *Nova História e Novo Mundo*, Sao Paulo, Editora Perspectiva, 1969, pp. 13-40; Denis-Clair Lambert, "Le degré de dualisme de l'économie brésilienne s'est-il atténué en un demi-siècle? 1920-1970" (ponencia mimeografiada, Congreso sobre Historia Cuantitativa de Brasil, París, C.N.R.S., octubre de 1971); Carlos Guilherme Mota, *Nordeste 1817*, Sao Paulo, Ed. Perspectiva, 1972, pp. 19-20 (la sociedad brasileña como "estamental" según Florestan Fernandes), etc.
- (12) Régine Robin en, Varios Autores, *Aujourd'hui l'histoire*, Paris, Edition Sociales, 1974, p. 307 y sig.
- (13) Sobre esa problemática, cf. Witold Kula, "El método comparativo y la generalización en la historia económica", en *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Ed. Península, 1973, pp. 571-614.
- (14) Cf. Ciro F.S. Cardoso, "Severo Martínez Peláez y el carácter del régimen colonial" y "Sobre los modos de producción coloniales de América", en *Cuadernos de Pasado y Presente*, N.º 40, (Córdoba, Argentina), mayo de 1973, pp. 83-109 y 135-159, para numerosos ejemplos.
- (15) Para una lúcida apreciación del problema, ver Maria Yedda Linhares, "As listas eleitorais do Rio de Janeiro no século XIX Projeto de classificação sócio-profissional", artículo inédito de próxima publicación que la autora nos ha comunicado gentilmente.
- (16) Cf. diversas ponencias presentadas por María Luiza Marcílio, Elsa Malvido, Katia Mattoso, en varias reuniones científicas internacionales (1971-1972) y Nicolás Sánchez - Albornoz, "Les registres paroissiaux en Amérique latine", en *Revue Suisse d'Histoire*, XVII (1967), pp. 60-71.
- (17) Cf. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*, El Colegio de México, 1969; Ruggiero Romano, *Una economía colonial: Chile en el siglo XVIII*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965; para el caso de Río de Janeiro, los trabajos del profesor Harold Johnson, y de la profesora Eulalia L. Lobo y su equipo.
- (18) Discusiones durante el I Congreso Centroamericano de Historia Demográfica, Económica y Social (Santa Bárbara de Heredia, Costa Rica, febrero de 1973).
- (19) Cf. los dos tomos de *La historia económica en América Latina*, cit., en particular el artículo de Enrique Florescano.
- (20) Las ponencias presentadas al Congreso sobre Historia Cuantitativa de Brasil organizado en París (octubre de 1971) por el C.N.R.S. constituyen un buen material para la observación de las dos actitudes.